



INFIERNO

Capítulo

1

Ignatius Martin Perrish pasó la noche borracho y haciendo cosas terribles. A la mañana siguiente se despertó con dolor de cabeza, se llevó las manos a las sienes y palpó algo extraño: dos protuberancias huesudas y de punta afilada. Se encontraba tan mal —débil y con los ojos llorosos— que al principio no le dio mayor importancia, tenía demasiada resaca como para pensar en ello o preocuparse.

Pero mientras se tambaleaba junto al retrete se miró al espejo situado sobre el lavabo y vio que por la noche le habían salido cuernos. Dio un respingo, sorprendido, y, por segunda vez en doce horas, se meó en los pies.

Capítulo 2

Se subió los pantalones color caqui —llevaba puesta la ropa del día anterior— y se inclinó hacia el lavabo para verse mejor. No eran unos cuernos normales, tenían la longitud de su dedo anular y eran gruesos en la base pero después se estrechaban hasta terminar, verticales, en punta. Estaban recubiertos de la misma piel clara del resto del cuerpo excepto en los extremos, que eran de un rojo feo y chillón, como si los picos que los remataban acabaran de rasgar carne humana. Tocó uno y comprobó que las puntas estaban sensibles y un poco doloridas. Recorrió con los dedos cada lado de los cuernos y notó la densidad del hueso debajo de la firme tersura de la piel.

Lo primero que pensó es que se lo había buscado. La noche anterior se había internado en el bosque, pasada la fundición, hasta el lugar donde Merrin Williams había sido asesinada. La gente había dejado recordatorios junto al cerezo negro enfermo, cuya pelada corteza dejaba entrever la médula. Había fotografías de Merrin apoyadas con delicadeza en las ramas, un vaso con espigas, tarjetas combadas y manchadas por la exposición a los elementos. Alguien —probablemente la madre de Merrin— había dejado una cruz decorativa con rosas amarillas de nailon grapadas y una virgen de plástico que sonreía con la estupidez beatífica propia de los retrasados mentales.

Aquella sonrisa idiota le ponía enfermo. Lo mismo que la cruz, plantada en el lugar exacto donde Merrin se había desangrado de un golpe en la cabeza. Una cruz con rosas amarillas. Qué gilipollez. Era como una silla eléctrica con cojines de estampado floral, una broma macabra. Le cabreaba que alguien hubiera decidido llevar a Jesucristo a aquel lugar. Llegaba con un año de retraso y no había estado allí cuando Merrin le necesitó.

Había arrancado la cruz y la había estampado contra el suelo. Después le habían entrado ganas de orinar, y lo hizo sobre la virgen, pero como estaba borracho se salpicó también los pies. Tal vez estaba siendo castigado por esa blasfemia. Pero no, tenía la sensación de que había algo más. Ahora bien, no conseguía recordar qué. Había bebido mucho.

Movió la cabeza a uno y otro lado estudiando su imagen en el espejo, palpándose los cuernos una y otra vez. ¿A qué profundidad llegaría el hueso? ¿Tendrían los cuernos sus raíces hundidas en el cerebro? Al pensar en ello, el cuarto de baño se oscureció, como si la bombilla del techo hubiera perdido intensidad por un momento. La oscuridad, sin embargo, procedía de detrás de sus ojos, de dentro de su cabeza y no de la instalación eléctrica. Se agarró al lavabo y esperó a que se le pasara el mareo.

Fue entonces cuando lo supo. Se iba a morir, estaba claro. Había algo que crecía dentro de su cabeza, un tumor. Los cuernos no eran reales. Eran metafóricos, imaginarios. Tenía un tumor devorándole el cerebro que le hacía ver cosas raras. Y si ya tenía visiones, seguramente no había curación posible.

La idea de que podía estar a punto de morir vino acompañada de una gran sensación de alivio, casi física, como cuando se sale a la superficie después de haber estado demasiado tiempo bajo el agua. En una ocasión Ig había estado a punto de morir ahogado y de niño había tenido asma, por lo que simplemente ser capaz de respirar ya era motivo de satisfacción.

—Estoy enfermo —resopló—. Me estoy muriendo.
Decirlo en voz alta le hizo sentirse mejor.

Se estudió en el espejo con la esperanza de que los cuernos desaparecieran ahora que sabía que eran una alucinación, pero no fue así. Seguían allí. Se revolvió el pelo, tratando de ver si podía ocultarlos, al menos hasta que pudiera ir al médico, pero dejó de intentarlo cuando se dio cuenta de que era una estupidez tratar de esconder algo que sólo él podía ver.

Caminó por la habitación con las piernas temblorosas. Las mantas se habían caído a ambos lados de la cama y la sábana bajera aún conservaba la huella arrugada de las curvas de Glenna Nicholson. No recordaba haberse metido en la cama con ella, ni siquiera se acordaba de haber llegado a casa, otra laguna de las muchas en lo sucedido la noche anterior. Hasta ese momento estaba convencido de haber dormido solo y de que Glenna había pasado la noche en otro sitio. Con otra persona.

La noche anterior habían salido juntos, pero después de unas cuantas copas Ig no había podido evitar ponerse a pensar en Merrin, para el aniversario de cuya muerte faltaban unos pocos días. Cuanto más bebía, más la echaba de menos, y más consciente era de lo poco que se parecía Glenna a ella. Con sus tatuajes y sus uñas postizas, su estantería llena de novelas de Dean Koontz, sus cigarrillos y sus antecedentes penales, Glenna era la anti-Merrin. Le irritaba verla sentada al otro lado de la mesa, estar con ella le parecía una especie de traición, aunque no sabía muy bien si a Merrin o a sí mismo. Al final decidió que tenía que largarse de allí, Glenna no paraba de intentar acariciarle los nudillos con un dedo, un gesto que pretendía ser tierno pero que por algún motivo le cabreaba. Se fue al cuarto de baño y se escondió allí durante veinte minutos. Cuando volvió, el reservado estaba vacío. La esperó durante una hora, bebiendo, hasta que comprendió que no iba a volver y que no lo sentía. Pero en algún momento de la noche ambos habían acabado juntos en la misma cama que habían compartido durante los últimos tres meses.

Escuchó el murmullo de la televisión en la habitación contigua. Eso significaba que Glenna seguía en el apartamento, que

no se había marchado aún a la peluquería. Le pediría que le llevara en coche al médico. El alivio fugaz que le había producido pensar que se estaba muriendo había desaparecido y ahora temblaba al pensar en el panorama que le aguardaba. Su padre intentando no llorar, su madre haciéndose la fuerte, goteros, tratamientos, radioterapia, vómitos, comida de hospital.

Caminó silenciosamente a la habitación contigua, el salón, donde Glenna estaba sentada en el sofá con una camiseta sin mangas de Guns N' Roses y un pantalón de pijama descolorido. Estaba encorvada hacia delante, con los hombros apoyados en la mesa baja, metiéndose un último trozo de donut en la boca. Delante de ella había una caja de donuts de supermercado de hacía tres días y una botella de dos litros de coca-cola light. Estaba viendo un talk show.

Cuando le oyó llegar, Glenna le miró con los ojos entrecerrados y expresión desaprobatoria. Después siguió mirando la televisión. El tema del programa ese día era *Mi mejor amigo es un sociópata* y una colección de catetos obesos se disponían a tirarse los trastos a la cabeza.

No había reparado en los cuernos.

—Creo que estoy enfermo —dijo Ig.

—No me des el coñazo. Yo también tengo resaca.

—Que no es eso... Mírame. ¿No me ves nada raro?

Preguntaba para asegurarse.

Glenna giró lentamente la cabeza y le miró con los ojos entornados. Todavía llevaba el rímel de la noche anterior, aunque se le había corrido un poco. Glenna tenía una cara agradable, redondeada y de rasgos suaves, y un cuerpo atractivo lleno de curvas. Pesaba veinte kilos más que Ig. No es que estuviera gorda, sino que Ig estaba exageradamente delgado. Le gustaba ponerse encima de él cuando follaban, y cuando apoyaba los codos en su pecho podía dejarle completamente sin aire, en un gesto inconsciente de asfixia erótica. Muchos músicos había muerto así. Kevin Gilbert, Hideto Masumoto, probablemente. Michael Hutchence, claro,

aunque no era alguien en quien le apeteciera pensar precisamente en ese momento. *Llevamos el diablo en el cuerpo*. Todos nosotros.

—¿Sigues borracho?

Como no contestó, Glenna movió la cabeza y después siguió viendo la televisión.

Estaba claro, entonces. De haberlos visto se habría puesto de pie chillando. Pero no podía verlos porque no estaban ahí. Sólo existían en su imaginación. Probablemente, si se mirara ahora en el espejo tampoco los vería. Pero entonces reparó en su reflejo en una ventana, y los cuernos seguían allí. El cristal le devolvía la imagen de una figura vidriosa y transparente, un fantasma diabólico.

—Creo que necesito ir al médico.

—¿Sabes lo que necesito yo?

—¿Qué?

—Otro dónut, creo —contestó inclinándose hacia la caja abierta—. ¿Crees que debería comerme otro?

Le respondió con una voz neutra que apenas reconocía:

—¿Qué te lo impide?

—Ya me he comido uno y no tengo hambre. Pero me apetece comérmelo.

Volvió la cabeza y le miró con los ojos brillantes y una expresión entre asustada y suplicante.

—Me apetece comerme toda la caja.

—Toda la caja —repitió Ig.

—Ni siquiera quiero usar las manos, sólo meter la cabeza en la caja y empezar a comer. Ya sé que es asqueroso.

Pasó un dedo por los dónuts, contándolos.

—Seis. ¿Pasa algo si me como los seis?

Le resultaba difícil concentrarse en algo que no fuera el miedo y la presión que sentía en las sienes. Lo que Glenna acababa de decir no tenía ningún sentido. Era otra cosa absurda en aquella mañana de pesadilla.

—Si lo que quieres es tomarme el pelo, te pido que no lo hagas. Ya te he dicho que no me encuentro bien.

—Quiero otro donut.

—Pues cómetelo. A mí me da igual.

—Vale. Si crees que no pasa nada... —dijo Glenna, y cogió otro donut, lo partió en tres pedazos y empezó a comer, metiéndoselos en la boca uno detrás de otro sin tragárselos.

Pronto tuvo el donut entero en la boca, llenándole ambos carrillos. Le dio una arcada, después inspiró profundamente por la nariz y empezó a tragar.

Iggy la miró asqueado. Nunca la había visto hacer algo parecido; de hecho nunca había visto nada semejante desde el instituto, cuando los chicos se dedicaban a hacer guarradas con la comida en la cafetería. Cuando hubo terminado, respiró entrecortadamente unas cuantas veces y después le miró por encima del hombro con expresión de ansiedad.

—Ni siquiera me ha sabido bien. Me duele el estómago —dijo—. ¿Crees que debería comerme otro?

—¿Por qué quieres comerte otro si te duele el estómago?

—Porque quiero ponerme gordísima. No gorda como estoy ahora, sino lo suficiente como para que no quieras saber nada de mí.

Sacó la lengua y se llevó la punta al labio superior en un gesto pensativo.

—Anoche hice algo asqueroso que quiero contarte.

Pensó otra vez que nada de aquello estaba ocurriendo realmente. Si era alguna clase de sueño febril, desde luego era persistente, convincente por su lujo de detalles. Una mosca pasó volando delante de la pantalla del televisor. Un coche se deslizó sin hacer ruido por la carretera. Los momentos se sucedían con una naturalidad que añadía realismo a la situación. Ig tenía un talento innato para sumar. Matemáticas había sido la asignatura que mejor se le daba en el colegio, después de Ética, que para él no era una verdadera asignatura.

—Me parece que no quiero saber lo que hiciste anoche —dijo.

—Precisamente por eso quiero contártelo. Para darte asco, para darte una razón para marcharte. Me siento tan mal por todo lo que te ha pasado y por lo que la gente dice de ti que ya no soporto levantarme a tu lado por las mañanas. Quiero que te vayas, y si te cuento lo que he hecho, la asquerosidad que he hecho, te irás y volveré a ser libre.

—¿Qué es lo que dicen de mí? —preguntó. Era una pregunta estúpida. Ya lo sabía.

Glenna se encogió de hombros.

—Cosas que le hiciste a Merrin. Que eres un perverso y eso.

Ig se quedó mirándola, transfigurado. Le fascinaba que cada cosa nueva que decía fuera peor que la anterior y lo cómoda que parecía sentirse diciéndolas, sin asomo de vergüenza ni de embarazo.

—¿Qué es lo que querías decirme?

—Anoche me encontré a Lee Tourneau después de que desaparecieras. ¿Te acuerdas de que Lee y yo estuvimos saliendo en el instituto?

—Me acuerdo.

Lee e Ig habían sido amigos en otra vida, pero todo eso ya había quedado atrás, había muerto con Merrin. Era difícil seguir teniendo amigos íntimos cuando la gente te considera sospechoso de un crimen sexual.

—Anoche en el Station House, cuando estaba sentada en uno de los reservados de la parte de atrás después de que tú desaparecieras, me invitó a una copa. Llevaba siglos sin hablar con él y se me había olvidado lo agradable que es. Nunca te mira por encima del hombro; estuvo encantador conmigo. En vista de que tú no volvías, sugirió que te buscáramos en el aparcamiento y dijo que si te habías marchado, él me traería a casa. Pero cuando estuvimos fuera empezó a besarme como en los viejos tiempos, como cuando estábamos saliendo. Y yo me dejé llevar y le hice una mamada; allí mismo, delante de dos tíos que nos estaban mi-

rando. No había hecho nada parecido desde que tenía diecinueve años y tomaba speed.

Ig necesitaba ayuda. Necesitaba salir del apartamento. El ambiente era sofocante y sentía opresión y pinchazos en los pulmones.

Glenna se había inclinado de nuevo sobre la caja de donuts con una expresión plácida, como si acabara de contarle algo sin ninguna importancia, como que se había acabado la leche o que otra vez estaban sin agua caliente.

—¿Crees que debo comerme otro? —preguntó—. Ya no me duele el estómago.

—Haz lo que te dé la gana.

Glenna se giró y lo miró con un brillo de rara excitación en sus ojos pálidos.

—¿Lo dices en serio?

—Me importa tres cojones —dijo—. Come como una foca todo lo que quieras.

Glenna sonrió y le salieron dos hoyuelos en las mejillas. Después se abalanzó sobre la mesa y cogió la caja con una mano. La sujetó, hundió la cara en ella y empezó a comer. Mientras masticaba, hacía ruidos, se relamía y respiraba de forma extraña. De nuevo tuvo una arcada y sacudió los hombros, pero siguió comiendo, usando la mano libre para meterse más donut en la boca, aunque tenía los carrillos llenos e hinchados. Una mosca zumbaba nerviosa alrededor de su cabeza.

Ig pasó junto al sofá en dirección a la puerta. Glenna se enderezó un poco, tomó aire y puso los ojos en blanco. Su expresión era de pánico y tenía las mejillas y la boca húmeda recubiertas de azúcar.

—Hum —gimió—. Hum.

Ig no sabía si gemía de placer o de infelicidad.

La mosca se posó en una de las comisuras de su boca. Ig la vio allí un instante e inmediatamente Glenna sacó la lengua al tiempo que atrapaba la mosca con la mano. Cuando apartó la ma-

no la mosca había desaparecido. La mandíbula subía y bajaba, triturando todo lo que había dentro de la boca.

Ig abrió la puerta y salió. Mientras la cerraba, vio a Glenna inclinando otra vez la cabeza hacia la caja..., como el buceador que ha llenado los pulmones de aire y se dispone a sumergirse de nuevo en las profundidades.